

(SIGLO IX)

CAPÍTULO II

LA HEREJÍA ENTRE LOS MUZÁRABES CORDOBESES.—
EL ANTROPOMORFISMO.—HOSTEGESIS

I. Estado religioso y social del pueblo muzárabe.—II. Herejía de los Acéfalos.—III. Espárcense doctrinas anitritinarias. Álvaro Cordobés y el abad *Spera-in-Deo* las refutan.—IV. Apostasía de Bodo Eleázaro. Su controversia con Alvaro Cordobés.—V. Hostegesis. El Antropomorfismo.—VI. El *Apologetico* del abad Sanson. Análisis de este libro.

I.—ESTADO RELIGIOSO Y SOCIAL DEL PUEBLO MUZÁRABE

INTERESANTE, aunque doloroso espectáculo, es el de una raza condenada á la servidumbre y al martirio. Sólo el amparo de pactos y capitulaciones habia quedado entre los musulmanes la mayor parte de la población cristiana, que no era posible ni conveniente exterminar, dado que en tan pequeño número habian venido los invasores. La escasa resistencia que los Árabes encontraron, el patrocinio y favor de los magnates visigodos conjurados para derribar el trono de Ruderico, causas fueron para impedir y mitigar en los primeros días de la conquista los rigores contra una gente vencida sin combate, y en ocasiones aliada. Ocupados los emires en intentonas allende el Pirineo, ó en atajar sublevaciones de los diversos pueblos que seguían las banderas del Islám, y consolidar la prepotencia musulmeca en nuestro suelo, hubieron de seguir forzosamente una política de tolerancia con los españoles sometidos, que ya

entonces se denominaban *mozárab* ó *muzárabes* (*mixti-arabes* de nuestros latinistas). Indicamos en el capítulo anterior que el culto cristiano habia sido, por lo general, respetado. En Córdoba, cuyos sucesos van á ocuparnos principalmente, conservaban los nuestros, según testimonio de San Eulogio, seis iglesias (San Acisclo, San Zóyl, Los tres Santos, San Cipriano, San Ginés Mártir y Santa Eulalia). Dos monasterios cerca de la ciudad y seis en la sierra, contribuían á mantener el fervor cristiano. Unidas á las iglesias duraban las escuelas que mandó establecer el cuarto Concilio Toledano. En algunas basílicas, como la de San Acisclo, habia pequeñas bibliotecas. Por tales medios vivia la tradicion isidoriana, asiduamente cultivada por graves doctores, en quienes corria parejas la santidad de la vida con lo variado de la enseñanza. La escuela del abad *Spera-in-Deo*, apellidado por San Eulogio «*varon elocuentísimo, lumbrera grande de la Iglesia en nuestros tiempos*»¹, educó invencibles campeones de la fé, señalados á la par como ardientes cultivadores de las humanas y divinas letras. Del gimnasio de *Spera-in-Deo* pudiéramos decir como los antiguos del de Isócrates: «*Veluti ex equo Trojano innumeri duces prodire*». Estudio principal de estos claros varones era, además de la ciencia religiosa, la erudicion profana registrada y compendiada en el libro de las *Etimologías*. Pero no se desdeñaban de buscarla en sus fuentes, y es muy de notar la frecuencia y el cariño con que Álvaro Cordobés invoca nombres y frases de clásicos paganos; la diligencia con que San Eulogio buscó en su viaje á Navarra códices antiguos, llevando á Córdoba, como triunfales despojos, la *Eneida* de Virgilio, las *Sátiras* de Horacio, las de Juvenal, los opúsculos de Porfirio, las fábulas de Avieno y *La Ciudad de Dios* de San Agustin. «¿Qué libros de católicos, de filósofos, de herejes ó de gentiles se ocultaron á su aplicacion?»² escribe Álvaro en la vida de su amigo. Uno y otro daban culto á las musas profanas, deleitándose en metrificar y hacer ejercicios de estilo. Su ciencia era residuo de la del grande Isidoro, *Beatus et lumen, noster Isidorus*, de cuya tradicion se habian mostrado poco antes seguidores, en Toledo Elipando, en Asturias Beato y Heterio, en Francia Alcuino. Para nada influye en las obras de los primeros muzárabes la cultura musulmana, fuese grande ó pequeña la que entonces poseían los conquistadores. Bajo el aspecto literario son

1 «Vir disertissimus, magnum temporibus nostris Ecclesiae lumen.» (*Memoriale Sancto-ram*, lib. I, núm. VII.)

2 «Quae potuerunt eum latere ingenia catholicorum, philosophorum, haereticorum, necnon Gentilium?» (*Vita B. M. Eulogii*, núm. VIII.)

los muzárabes el último eco de una civilización ahogada por la esclavitud, mientras que en otras regiones florecía y cobraba nueva vida al benéfico aliento de la independencia religiosa y civil.

Alguna, aunque pequeña, disfrutaron los muzárabes. Gobernábalo un conde de su nación (*comes christianorum*) como en los tiempos visigodos. De la grey cristiana eran elegidos también el *ensor* ó juez, el *publicano* ó arrendador de tributos, y el *exceptor* ó tesorero.

En las ceremonias y prácticas externas del culto tampoco hubo, por de pronto, grande opresión. Podían los fieles ser convocados á los divinos oficios á toque de campana, y conducir á los muertos á la sepultura, con cirios encendidos, piadosos cántos y cruz levantada. Sólo estaba penada con azotes la blasfemia pública contra Mahoma¹.

La necesidad en que los gobernantes mahometanos se veían á las veces de traducir documentos latinos y entenderse con reyes cristianos, les hizo valerse de algunos muzárabes doctos en la lengua de Arabia. De ellos fué el abad Sansón, como adelante veremos.

La división de razas, que en las monarquías restauradoras iba borrándose por influjo de la comun empresa, se conservaba con harto vigor entre los muzárabes, latinos unos, otros visigodos. A éste que podemos calificar de elemento de rencilla y discordia, uníase otro más lamentable y profundo. El continuo trato de cristianos con infieles daba origen, cada día más, á enlaces matrimoniales ó ilícitos concubinatos, de donde resultó una población mixta, designada por los musulmanes con el afrentoso título de *muladés* ó mestizos. Aunque obligados á seguir la ley alcoránica, eran tenidos en poca cuenta por los árabes de raza, de cuyo desprecio se vengaron, prevalidos de su gran número, encendiendo más tarde feroz y sanguinosa guerra².

Poco duró la tolerancia de los árabes en el califato cordobés. Ya Hixem, primer sucesor de Abderrahman, prohibió el uso de la lengua latina, y mandó que asistieran á las escuelas arábigas los hijos de los cristianos. El primer paso para la fusión estaba bien calculado, y los efectos correspondieron al propósito. Buena parte de la población cristiana llegó, si no á olvidar del todo, á entender mal el latín, de lo cual mucho se lamenta Álvaro Páulo. Al contagio del habla debía seguir el de las costumbres, y á éste el de la religión, engendrando dudas y supersticiones, cuando no lamentables apostasías. Algo hubo de todo, como adelante veremos, pero ni tanto como pudiera recelar-

¹ «Lex publica pendet et legalis iussa per omne regnum eorum discurrit, ut qui blasphemaverit, flagelletur.» (Álvaro, *Indiculus lumbroso*, núm. 6.)

² Véase en el tomo II de la *Historia* de Dozy la interesante narración de estas turbulencias.

se, ni bastante para oscurecer la gloria inmensa de los que resistieron, lidiando á un tiempo por la pureza de la fé y por la ciencia y tradición latinas.

Antes de entrar en la lucha interior, en la batalla contra la herejía y el materialismo, que es la que me toca describir, conviene recordar de pasada el heroico esfuerzo de los confesores y mártires que en los reinados de Abderrahman II y de Mahomad fueron víctimas de la ya desatada intolerancia de los musulimes. Los pactos, á que en el principio de este capítulo me refería, habían sido ya rotos más de una vez en el siglo VIII, como testimonia el Pacense; pero aparte de estas infracciones pasajeras y de las tiránicas leyes de Hixem, mantúvose el *statu quo*, á despecho del fanatismo de los Alfaqúes, hasta 850. Livianos pretextos sirvieron para quebrantar las leyes. Los dos primeros mártires fueron los hermanos hispalenses Adulfo y Juan, cuya vida escribió el abad *Spera-in-Deo*, aunque se ha perdido. Poco despues fué degollado Perfecto, presbítero de San Acisclo, por haber maldecido de Mahoma, aunque no en público. Delatáronle varios infieles, faltando á la palabra empeñada. Al año siguiente fué azotado públicamente y murió en las cárceles el confesor Juan. La sangre de las primeras víctimas encendió, en vez de extinguirle, el fervor de los muzárabes y su íntima aversión á la ley del Profeta. Del monasterio Tabanense descendió el antiguo *exactor* Isaac para conquistar la palma inmarcesible. Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremías se presentaron, de comun y espontáneo acuerdo, ante los jueces, pidiendo el martirio, como aborrecedores de la ley islamita. Y tras ellos se ofrecieron al suplicio el mancebo portugués Sisenando, el diácono Páulo, que cursaba humanas letras en la iglesia de San Zóyl, y las vírgenes Flora y María. Para alentarlas había compuesto San Eulogio el *Documentum Martyriale*. Flora pertenecía á la casta de los muladés, como hija de moro y de cristiana. En 852 padecieron el último suplicio Gumersindo, el monje *Servus-Dei* y el diácono Georgio. Aurelio y Sabigoto, Félix y Liliosa rescataron con la final confesión la flaqueza de haber ocultado por algun tiempo su fé. Abrasados en santo celo, que escritores sin alma apellidan *fanatismo*, dieron público testimonio de su creencia los cuatro monjes Cristóbal, Leovigildo, Emila y Jeremías. Rogelio y *Servo-Deo* llevaron más adelante su audacia prorumpiendo en sediciosos gritos dentro de la mezquita: crimen penado con el horrible tormento de cortarles los piés y las manos. La sangre corría á torrentes: hacíase cada día más imposible la reconciliación y conviven-

cia de moros y cristianos. A la persecucion oficial se añadan los insultos y atropellos de la plebe. Poco á poco se iba despojando á los cristianos de sus iglesias: los musulmes se juzgaban contaminados en tocar las vestiduras de nuestros fieles, no les consentian penetrar en sus barrios, denostábanlos con nombres de ignominia y torpes cantares, cuando no les arrojaban piedras ó inmundicias. Al llamar la campana á las horas canónicas movian la cabeza, maldiciendo á los cristianos y pidiendo á Dios que no tuviese misericordia de ellos ¹. En cambio toda abjuracion era bien recibida y largamente premiada. Algunos (los ménos) renegaron de la fé por librarse de tan humillante servidumbre. Otros, de sobra tibios, pero no apóstatas, comenzaban á murmurar del entusiasmo de los mártires, teniendo por manifiesta locura ir á buscar la muerte, provocando á los verdugos, aunque fuera constancia y heroismo el aguardarlos. De tal disposicion de los ánimos trataron de aprovecharse los consejeros de Abderrahman II para poner término á aquellas lamentables escenas. El califa obligó á nuestros Obispos á reunir un Concilio para que atajasen el desmedido fervor de su grey. Presidió Recafredo, Metropolitano de la Bética (a. 852), y los Padres, temerosos por una parte de incurrir en la saña del príncipe musulman, y no queriendo por otra condenar un arrojado santo y plausible que respondia á anteriores provocaciones, dieron un decreto ambiguo, *allegorice edita*, dice San Eulogio, que sonaba una cosa y queria decir otra (*aliud gustans et aliud sonans*), pero que parecia condenar la espontaneidad del martirio. La Iglesia muzárabe se partió en dos bandos: unos justificaron con la decision conciliar su cobardía y descaecimiento de ánimo; otros, y á su frente San Eulogio, ornamento de la raza hispano-latina, y Álvaro Páulo, *el cordobés*, descendiente de familia judaica y condiscípulo de Eulogio en las aulas de *Spera-in-Deo*, levantaron su voz en defensa de las víctimas y de los oprimidos. Si algunos infames hicieron granjería de su culto, trocándole *pro vendibilibus numeribus*, una potente reaccion católica levantóse contra tales prevaricaciones en tiempos del bárbaro califa Mahomad, sucesor de Abderrahman II, príncipe ilustre á pesar de sus violencias. Mahomad hizo derribar toda iglesia levantada desde la época de los Godos. En esta segunda persecucion buscaron y obtuvieron el láuro de la mejor victoria, Fandila, presbítero, Anastasio, diácono, el monje Félix, la religiosa Digna, Benildis, matrona de muchos días, y la contemplativa virgen Santa Columba. En los

¹ Vid. Alvaro Cordobés, *Indicío laminoso*, núm. 6, y S. Eulogio, *Memoriale Sanctorum*, passim.

tres libros del *Memoriale Sanctorum* ¹ de San Eulogio pueden leerse los pormenores de todos estos triunfos, y de los de Pomposa, Aurea, Elías, Argimiro y algunos más. El encendido y vehemente estilo del Santo, y la impresion enérgica y cercana bajo la cual escribía, dan á aquellas páginas un santo calor que nunca tendria mi seca y desmayada prosa. Y en el *Documentum Martyriale*, ya citado, así como en el *Apologeticum SS. Martyrum* ², veránse descritos en rasgos enérgicos ó patéticas frases el abandono de los templos, donde teje sus hilos la araña, el silencio de los cantores y salmistas, las cárceles henchidas, los continuos suplicios y la desolacion universal. Lo extraño y verdaderamente maravilloso es que ni en la narracion de aquellos horrores, ni en las exhortaciones al martirio, se olvida el escritor de sus aficiones clásicas, y mientras él tiende á imitar á los historiografos y oradores antiguos, su amigo Álvaro le felicita con serenidad rara por acercarse al *lúcteo estilo de Tito Livio*, al *ingénio de Demóstenes*, á la *facundia de Ciceron* y á la *elegancia de Quintiliano*. ¡Singular temple de alma el de aquellos hombres, que en visperas del martirio gustaban todavía de sacrificar á las Gracias, y coronar su cabeza con las perpétuas flores de la antigua sabiduría! En la cárcel se entretuvo San Eulogio en componer *nuevos géneros y maneras de versos que en España no se habian visto*, dice su amigo y biógrafo.

Ya durante la persecucion de Abderrahman habia estado el Santo en prisiones, por oponerse tenazmente á los decretos de Recafredo y demás asistentes al Concilio ó conciliábulo de 852, y apartarse de su comunión. Él robustecia y alentaba hasta el último momento la firmeza de los confesores, y recogia y guardaba con veneracion los restos de los que morian. Pasada esta persecucion, fué electo Obispo de Toledo, aunque no llegó á ocupar la Silla metropolitana, prevenido por adversos sucesos. En Córdoba, su patria, vino á morir degollado el año 859, juntamente con la virgen Leocricia ³.

Tal andaba la raza muzárabe en los tristes dias que ha de describir esta historia. La persecucion no debió limitarse á Córdoba, aunque ésta sola tuvo historiadores. El martirio de las Santas Nunilo y

¹ Alcalá, 1574, ed. de Ambrosio de Morales, ó en el tomo II de los *Padres Toledanos*.

² Nárrese en este libro el martirio de Roderico y Salomon, no incluido en el *Memoriale*.

³ S. Eulogii Cordubensis opera, studio ac diligentia Petri Poncei Leonis a Corduba Episcopi Placentini. Compluti, 1574. Edicion dirigida por Ambrosio de Morales. El mismo cronista tradujo al castellano la *Vida de San Eulogio*, escrita por Alvaro Cordobés, y la inserta en el libro XIV de su *Crónica*, donde en su sencillo y apacible estilo narra la historia de los mártires cordobeses. Véase además el tomo X de la *Esp. Sag.* y el cap. XII, part. I (tomo II), de la *Historia crítica de la literatura española* del Sr. Amador de los Rios, capítulo que es uno de los más excelentes de aquella obra monumental.

Alodia en la Rioja, y algun otro caso semejante de que por incidencia habla San Eulogio, bastan á demostrar lo universal de la intolerancia alcoránica. Pero justo es advertir, en obsequio á los fueros históricos, que si el mayor número de los muzárabes resistió generosamente, no fué pequeño el de los que se dejaron vencer por el halago de aquella civilizacion y costumbres. Álvaro Cordobés se queja, al fin del *Indiculo*, de los que olvidaban las Sagradas Escrituras y hasta la lengua latina, distinguiéndose al contrario en erudicion arábiga, hasta el punto de vencer en filológicos primores á los mismos mahometanos.

En hora aciaga juntóse á todas estas causas de desórden la venenosa planta de la herejía, lozana y florida siempre en la decadencia de los pueblos. Pero no triunfó, ni llegó á ahogar la buena semilla, como veremos pronto.

II.—HEREJÍA DE LOS ACÉFALOS

EN 839 celebróse en Córdoba un Concilio, no inserto en nuestras antiguas colecciones y del todo desconocido, hasta que le dió á luz el Padre Florez, tomándole de un códice Legionense.

A este Sínodo asistieron tres Metropolitanos: Wistremiro, de Toledo, Juan Hispalense y Adulfo, de Mérida; y cinco Obispos, enumerados por este órden: Quírico, de Acci; Leovigildo, de Astigis; Recafredo, de Córdoba; Amalsuindo, de Málaga, y Nifridio, de Eliberis. El asunto fué condenar á ciertos herejes extranjeros llamados Acéfalos ó *Casianos*, que, diciéndose enviados de Roma, habian esparcido graves errores en el territorio Egabrense. Tenian por inmunda toda comida de los gentiles, renovando en esto el error *Migeciano*. Ayunaban, como los Maniqueos y Priscilianistas, en el día de Natividad, si caía en viernes (*sexta feria*). Seguian á Vigilancia en lo de negar adoracion á las reliquias de los Santos. Daban la Eucaristía *in manu* á hombres y mujeres. Jactábanse de santidad especial, negándose á toda comunicacion con los demás cristianos, y prohibiendo á los suyos recibir de sacerdotes católicos la penitencia, aun *in hora mortis*. Llegaron á constituir una Iglesia cismática, *supra arenam constructam*, que dice el Concilio, en el territorio de Egabro (Cabra). Con ellos andá-

ban mezclados otros herejes, llamados *Simoníacos* y *Jovinianos*, que autorizaban la bigamia, el incesto y los matrimonios de cristianas con infieles, permitiendo además á los sacerdotes el ejercicio de la cirujía (*flebotomia*) y el comercio. Para la bigamia se escudaban con el ejemplo de Lamec. El patriarca de estos *Acéfalos*, que tienen poca ó ninguna relacion, fuera del nombre, con los herejes condenados por San Isidoro en el Concilio Hispalense, parece haber sido un cierto Quenirico¹. No tuvo más importancia ni ulteriores consecuencias esta descaminada predicacion, de la cual ni noticia lográramos, á no poseer, aunque mutiladas, las actas del referido Concilio. Por cierto que está atiborrado de solecismos, y tiene interés para la historia de la baja latinidad. La ejecucion de los decretos confióse al famoso Recafredo, entonces Obispo de Córdoba, y luego Metropolitano de Sevilla.

III.—ESPÁRCENSE DOCTRINAS ANTITRINITARIAS.—ÁLVARO CORDOBÉS Y EL ABAD *SPERA-IN-DEO* LAS REFUTAN

ÁLVARO Páulo, que veneraba á *Spera-in-Deo* como á padre espiritual suyo, dirigióle, no sabemos en qué fecha, una carta, que es la séptima en su *Epistolario*, invitándole á escribir contra ciertos herejes *nebulosos é infandos*, de quienes dice que sentian mal de la Trinidad, rechazaban la autoridad de los Profetas y Doctores, y ponian en duda la divinidad de Cristo, escudados en aquel texto: «*De die autem illa et hora nemo scit; neque Angeli coelorum, neque filius, nisi pater solus*»². A esta recrudescencia de Arrianismo se opuso *Spera-in-Deo* en un escrito, que debia ir unido á su respuesta á Álvaro, la cual tenemos, aunque dá poca luz para la historia. La refutación, por el sometida á la censura de su antiguo discípulo, ponía á continuacion de las aserciones heréticas los textos de la Escritura y de los Padres,

1. «Condemnamus atque anathematizamus damnabilem illam doctrinam cum suorum Auctores vel Antiphrasium illum Queniricum cum sociis suis qui non vincunt malum, sed seducentes corda sua simulant populum, qui quiescendo favorem in Religione prophanantium vitam ducunt fanaticam. Propterea tam illos quam omnes qui reperti fuerint in quibuscumque regionibus vel locis, villulis ac vicis conmorantes admonemus eos, et in praedictam catholicam fidem ut releant exhortamus, sicut ad unionem Ecclesiae in charitatis connexionem copulari mereantur.» (Tomo XV de la *Esp. Sag.*)

2. «Caput autem ipsorum nequissimumum quod falce sit veritatis resecandam, illud est: quod Trinum in unitate et Unum in Trinitate non credunt. Prophetarum dicta renouit: Doctorem dogma rejiciunt: Evangelium se suscipere dicunt.... Christum Deum ac Dominum nostrum hominem tantum asserunt....» (Álvarez, ep. VII, pág. 148 de la *España Sagrada*.)

oportunos para combatirlos¹. Ni esta obra de *Spera-in-Deo*, ni su *Apológico contra Mahoma*, del cual trascibe un breve fragmento San Eulogio en el *Memoriale Sanctorum* (lib. 1), han llegado á nuestros días. En la difusión del Antitrinitarismo debemos reconocer influencia musulmana.

IV.—APOSTASÍA DE BODO ELEÁZARO.—SU CONTROVERSA CON ÁLVARO CORDOBÉS.

SUCEDIÓ en 839 (escribe el autor de los *Anales Bertinianos*) un caso lastimoso para todos los buenos católicos. El diácono alemán Bodo, educado desde sus primeros años en la Religión cristiana y en todo género de humanas y divinas letras, que aprendiera en el palacio de los emperadores, habiendo obtenido el año anterior licencia para ir en peregrinación á Roma, se pasó de la Religión cristiana al judaísmo, circuncindándose, dejándose crecer barba y cabellos y tomando el nombre de Eleázaro. Aún llevó más adelante su maldad, vendiendo como esclavos á los que le acompañaban, fuera de un sobrino suyo que renegó asimismo de la fé. Casóse Eleázaro con una judía, y á mediados de Agosto se presentó en Zaragoza (sujeta entonces al dominio de los musulmanes). Apenas podía creer el emperador semejante apostasía².

No es fácil sospechar las causas de tan singular prevaricación. El autor de los *Anales Bertinianos* la atribuye á codicia: *magna cupiditate devictus*; Álvaro Cordobés á lujuria y femeníl amor. Es lo cierto que Eleázaro se arreó con el cíngulo militar, *accinctus etiam cíngulo militari*, y en 840 apareció en Córdoba para ser nuevo tormento de los

¹ «Ego vero humiliter ea proferam quae credo, atque simpliciter enarrem in quaestionibus sciscitantis quae sentio.... Sed oppositiones illae, quae sunt in Epistola vestra taxatae, eas sub nomine assertoris exarando inducam, et textu vestro Sanctarum Scripturarum testimonio producam et cum Doctorum dicta.... (Pág. 151, *Ibid.*, ep. VIII.)

² «Interea lacrymabile, nimiumque cunctis Catholicae Ecclesiae filijs ingemiscendum fama referente innotuit. Bodo Diaconus Alemanicae gentis progenitus, et ab ipsis pene cunabulis in christiana religione Palatinis eruditionibus, divinis humanisque litteris aliquatenus imbutus, qui anno praecedente Romam orationis gratia poposcerat.... humani generis hoste perlectus, relicta Christianitate ad Iudaeismum sese convertit et primum.... quos secum adduxerat paganos vendendos callide machinari non timuit. Quibus distractis, uno tantummodo secum, qui nepos ejus ferebatur, retento, abnegata (quod lacrymabiliter dicimus) Christi fide, sese iudaeum professus est. Sicque circumciscus, capillisque ac barba crescentibus, et mutato, potius quae usurpato Eleazari nomine.... cuiusdam Iudaei filiam matrimonio sibi copulavit.... Tandemque.... Caesaraugustam urbem Hispaniae, mediante Augusto mense, ingressus est etc. *Anales Bertiniani*, tomo III de la Colección Du Chesne.

muzárabes. Instaba á los sarracenos á que no tolerasen el culto cristiano, sino que por fuerza hiciesen á todos sus súbditos moros ó judíos. La continua persecucion atizada por aquel apóstata obligó á los fieles á dirigir en 847 una epístola á Carlos el Calvo, suplicándole que reclamase la persona de aquel tráfuga, verdadera calamidad para el pueblo cordobés.

Ya antes de esta embajada, referida por los *Anales Bertinianos*, aunque sin indicar el resultado, tuvo Eleázaro áspera controversia con el insigne cordobés Álvaro Páulo, columna de la gente muzárabe en aquellos días. Daré alguna noticia de la correspondencia que medió entre Álvaro y el judío.

Con el número XIV se lee en la curiosa coleccion epistolar de Álvaro una carta *al transgresor*, á quien llama, sin embargo, *dilecto mihi*, sin emplear para él más que frases de benevolencia. Guiado Álvaro por la idea de que «quien convierte al pecador, gana su alma, y cubre la multitud de sus propios pecados» (*Qui convertere fecerit peccatorem, lucravit animam ejus, et suorum cooperit multitudinem peccatorum*), atento á la verdad y no á las galas del estilo, ataca al adversario en un punto concreto, las *setenta semanas* de Daniel, no sin advertir antes la diferencia entre el cómputo hebreo y el de los Setenta, por lo que hace á los años de la creación del mundo. Pero si en este punto la opinion es libre, no quiso Dios (advierde Álvaro) que quedase indecisa la fecha del nacimiento de su Hijo: «*Non deficiet Princeps de Juda neque Dux de femoribus ejus, donec veniat qui millendus est, et ipse erit spectatio gentium*». Y en efecto, prosigue Álvaro, no se interrumpe la línea antes ni despues de la cautividad, hasta la usurpacion de Herodes, hijo de Antípato, confirmado en el reino por un *senatus-consulto* de Roma. Entonces nació el Salvador del mundo, y cumpliósse la profecía de Daniel: «*Et post hebdomadas sexaginta duas occidetur Christus: et Civitatem et Sanctuarium dissipabit populus cum ducē venturo, et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio*». «Si esperais todavía al Mesías (dice Álvaro), debéis temer nuevas calamidades, porque el Profeta no os anuncia la redencion, sino la desolacion desde la venida de Cristo hasta el fin del mundo³. Ya no os queda ni templo, ni altar, ni príncipe. Ya se cumplió la profecía de Oséas: «*Et sedebunt dies multos filii Israel sine Rege, sine Príncipe, sine sacrificio, sine altari, sine*

¹ Tomo XI de la *España Sagrada*, primera y única edicion que conozco de los escritos de Álvaro.

² «Et si adhuc Christum, id est, Messiam, expectatis, profecto adhuc desolationem majorem timere debetis: quia non vobis redemptionem, ut vanam opinatis pollicit, sed vastationem ab eius adventu usque ad finem saeculi.» (Pág. 173.)

Sacerdotibus, sine manifestationibus. ¿Dónde estará la hija de Sion cuando venga vuestro Mesías? ¿Dónde el Templo, ya destruido y hecho cenizas, según la profecía de Daniel? Vuelvan los judíos a su antiguo estado: reedifiquen el templo, para que descienda á él el Ángel del Testamento. Ya han cesado vuestros sacrificios....» Muestra después evidentesimamente el cumplimiento de la profecía de las *semanas*, y cierra su carta, provocando á controversia á Eleázaro.

No dejó de contestar éste, aunque en el códice de las obras de Álvaro no hay más que el principio de su respuesta, habiendo sido arancadas las hojas subsiguientes. Pero de la segunda epístola (XVI) de Álvaro al transgresor, podemos deducir los argumentos de Eleázaro. Aparte de las blasfemias que largamente usaba, hacia cotejo de la moderna dispersión de los judíos con el cautiverio de Babilonia, alegando que también entonces faltaron reyes y jueces en Israel. A lo cual responde Álvaro que un interregno de setenta años es cortísimo período, y no puede decirse que durante él fuera cortada la línea de los caudillos israelitas, pues Jeconías, que fué cautivo á Babilonia, engendró á Salatiel, y éste á Zorobabel, que volvió á los judíos á su patria, sin que en medio de la cautividad se dispersara el pueblo ni perdiera la tribu de Judá su primacía. Búrlase Álvaro de la supuesta pericia de Eleázaro en las letras hebreas, como si un latino hubiese venido á ilustrar á los príncipes de la Sinagoga. Se escudaba el apóstata con la diversidad de interpretaciones del texto bíblico, y Álvaro demuestra sin gran trabajo, que lo mismo en la verdad hebráica que en los Setenta ó en San Jerónimo, están expresas las profecias mesiánicas, y las que anuncian la futura desolación del pueblo de Israel. En esta segunda carta muéstrase el doctor muzárabe conceder, no sólo de las Escrituras y de las obras de San Jerónimo, sino de las historias de Josefo.

Tornó á replicar el transgresor en una misiva tan pobre de razones como empedrada de textos bíblicos y de dicitos. Quedan sólo fragmentos por la razón antes indicada; pero podemos formarnos cumplida idea de ese escrito por la refutación de Álvaro, que tiene las formas y extensión de un verdadero tratado. El animoso polemista cordobés estrecha sin reposo al tráfuga. Decía éste haber abandonado la ley falsa por la verdadera, como si Cristo hubiese venido á destruir la ley y no á cumplirla: como si la ley de Moisés, carnalmente observada, no se destruyese. Jactábase de las maravillas obradas por Dios en favor del pueblo de Israel, como si en sus libros Sagrados no constasen á la par los crímenes y prevaricaciones de aquella gente de

dura cerviz. «Tu ley, dice nuestro controversista, anuncia á Cristo, aún más que la mía. Millares de judíos esperaron en él: por millares de años se estuvo disponiendo el sacro convite. No somos gentiles, sino israelitas, porque de la estirpe de Israel procedieron nuestros padres. Pero cuando llegó el deseado de las gentes, el anunciado por los Profetas, confesamos su venida, y vinieron á nosotros los gentiles desde las más remotas playas de los mares. Nosotros somos el verdadero pueblo de Israel que esperaba al Mesías. Pero cuando se cumplió la plenitud de los tiempos, creció el número de los pueblos, y (según el vaticinio de los Profetas) la gloria del Señor llenó toda la tierra.... Si nos reprendeis porque no observamos las ceremonias de la ley antigua, oye á Isaías: «*Ne memineritis priora, et antiquiora ne intusamini. Ecco ego facio nova*». Hebreo soy por fé y linaje, pero no me llamo Judío, porque he recibido otro nombre: *Quod os Domini nominavit*. El gentil que cree en Jesucristo entra desde luego en el pueblo de Israel.» Con igual elocuencia y brío refuta, valiéndose de un argumento á simili, las blasfemias del judaizante contra la Encarnación. «¿Preguntas de qué manera la carne engendró á la carne sin menoscabo de la virginidad? Dime: ¿de qué manera fructificó la vara de Aaron, sin ser plantada? ¿Por qué se detuvo el sol á la voz de Josué? ¿Cómo habló la burra de Balaam? ¿Por qué retrocedió quince grados el reló de Ezequías? ¿No confiesas tú que todas estas cosas se hicieron, no natural, sino maravillosamente?»

El estilo de Álvaro en todas estas contiendas es duro, valiente y agresivo. La copia de erudición escrituraria grande; el vigor y nervio del razonamiento no menores. Eleázaro juzgó conveniente suspender la polémica, aferrándose á su opinión, y diciendo que no contestaba á los ladridos de perros rabiosos. (*Superstitiosum duxi canum rabidosorum respondere latratibus*.) ¿Qué antigua es en el mundo esta manera de cortar discusiones enfadadas! Álvaro felicitó al judío por la sábia cautela con que evitaba el peligro (*te vitantem periculum sapienter mirari*), y aquí hizo punto la cuestión.

Como sólo de herejías trato, no juzgo necesario decir de las irregularidades disciplinarias cometidas en los primeros días de su ponti-

¹ «Dicitis mihi quomodo caro carnem genuit, et violata non existit? Dico tibi, qualiter virga Aaron nucem produxit, et plantata non fuit? Qualiter sol naturalium motuum relinquens, in quatuordecim diem lucendo produxit? Quomodo maris unda, fluentia naturae suae oblitae, erectis marginibus glaciali rigore solidatis gurgitibus, ut murus firmus stetit? Qualiter asina, animal pecuale, humanas rite loquelas produxit? Quibus modis Sol per orelegium gradibus quindecim retro se vertit? Et dum ista omnia non rationabiliter sed potentialiter facta cognoveris, velis nois invitus silencio linguam constringes.» (Álvarez, ep. XVIII, pág. 202.)

ficado por el Obispo de Córdoba Sáulo, escudo más tarde de los cristianos en la era de persecucion, ni de la debilidad del Metropolitano de Sevilla Recafredo, que por complacer á los musulmanes persiguió al mismo Sáulo, á San Eulogio y á los demás cristianos que favorecian y alentaban el martirio voluntario. Álvaro Cordobés (*Indiculu luminoso*, pág. 244) llama á Recafredo *perro rabioso contra la Iglesia de Dios*, y acúsale de haber puesto en manos de los infieles la espada para aniquilar al pueblo de Cristo. La resistencia de Sáulo contra Recafredo produjo un verdadero cisma. Para defender la causa de los mártires compuso Álvaro Cordobés, en vehemente y arrebatado estilo, su *Indiculu luminoso*. Y en la *Vida de San Eulogio* achaca á Recafredo más que á Abderrahman la primera persecucion. Del perverso Obispo Samuel, digno amigo y pariente de Hostegesis, daré razon en el paragrafo siguiente. Sáulo se negó por algun tiempo á comunicar con el Metropolitano y los que seguian su opinion. Éstos le acusaron de donatista, luciferiano y discípulo de Migecio, persiguiéndole de tal suerte, que anduvo oculto y sin jurisdiccion sobre su grey algunos años. Reconcilióse al fin con los demás Obispos en un Concilio, anterior al de 862, aunque la fecha exacta se ignora. Consta todo esto por una epístola de Sáulo á otro Prelado, la cual anda con el número X entre las de Álvaro.

Pero todas estas tribulaciones de la Iglesia cordobesa fueron leves en cotejo con la tempestad levantada por el malacitano Hostegesis.

V.—HOSTEGESIS.—EL ANTROPOMORFISMO

E la vida y costumbres de este mal Prelado nos dejó larga noticia el abad Sanson en el prefacio al segundo libro de su *Apologético*. Pero son de tal naturaleza algunos pormenores, que honestamente no pueden transcribirse aquí, por temor de herir castos oídos y virginales mentes. Aprovecharé lo que buenamente pueda del relato de Sanson.

«Fué el primer autor de esta maldad y renovador de esta herejía (escribe el abad de San Zóyl) *Hostegesis*, malacitano, á quien mejor pudiéramos apellidar *Hostis-Jesu*. El cual, arrebatado por pésima codicia y torpe fraude, compró á los veinte años la mitra, contra lo prevenido en los Sagrados Cánones. Adquirida simoniacamente la

dignidad, usóla cada vez peor, elevando al sacerdocio (si sacerdocio es lícito llamarle) á los que antes le habian comprado con dones. Ni se descuidó en amontonar tesoros, asemejándose á los mercaderes que el Señor arrojó del templo, porque convertían la casa de oracion en espelunca de ladrones. Arrastróle luego el demonio de la avaricia á azotar cruelmente á un siervo de Dios, hasta dejarle á punto de muerte (la cual en pocos dias sobrevino): todo por quitarle ciertos dineros. Las tercias oblacones de las iglesias, que los Obispos reciben legalmente y suelen emplear en la restauracion de las basílicas ó en el socorro de los pobres, este tirano y sacrilego las exigia por fuerza, como si cobrase un tributo. Con tales artes se enriqueció, y pudo hacer regalos al rey (moro) y á los príncipes de palacio, y servirles en suntuosos convites delicados manjares y selectos vinos. En estas reuniones se entregaban Hostegesis y los infieles á desenfrenadas liviandades, segun contaba un cierto *Aben-Jalamauc*, hombre impurísimo.....! Tenia Hostegesis un escuadron de gente armada á la puerta de su casa, y le empleaba contra sus propias ovejas. A unos clérigos que no le pagaron las rentas, hizoles azotar por mano de soldados en el foro, decalvar y pasear desnudos por las calles á voz deregonero. Dicen que habia comprado la dignidad episcopal con el solo fin de enriquecerse, más que Crespo, con los tesoros de la Iglesia, y poder oprimir impunemente al pueblo de Málaga. Recorriendo despues las iglesias só pretexto de visita, fué tomando nota de los nombres de los cristianos de todas edades y condiciones. Despues, como toda la provincia testifica, dirigióse á Córdoba con el registro, y no cesó de asediar las casas de ministros y enucnos para que gasasen nueva contribucion á sus diocesanos. En un día de la Virgen, viósele abandonar los Divinos Oficios y la pastoral obligacion para acudir á casa de un magnate llamado *Hexim*. Sucedió este hecho notable en la era 901.

«Ahora conviene (prosigue Sanson) declarar la infame progénie de este enemigo de Cristo. Fué su Padre *Aucarno*, grande usurero y verdugo de los pobres, el cual, para librarse en una ocasion de la pena merecida, fingió hacerse musulman, y fué circuncidado por mano de su hijo. Por parte de madre era Hostegesis sobrino de *Samuel*, que con nombre de Obispo tiranizó muchos años la Iglesia de Iliberis.

¹ «Non parcit usque ad nauseam crapulis inservire, quos constat ipsas inter epulas effrenata libidine in alterutrum insurgere et inmunditias perpetrare. Et quia impiorum est, in malis actibus gloriarí, quidam impurissimus *Ibicalamauc* dictus a nomine, factari dicitur, se eo numerosis vicibus prostitisse.....» (*Apologético* del abad Sanson, pág. 378, tomo XI de la *España Sagrada*.)

Esclavo de todos los vicios, como quien dudaba hasta de la inmortalidad del alma y de la futura resurreccion de los muertos, no sólo vivió mal, sino que trasladó la iniquidad á sus descendientes. Su fin fué semejante á sus comienzos. En un dia de Pascua, habiendo sido depuesto de su Silla pontifical, partió á Córdoba, renegó de Cristo, se hizo *muclamita* y circunciso, y comenzó á perseguir la Iglesia en sus miembros, encarcelando á sacerdotes y ministros, y cargándolos de pesadas alcabalas.

«El auxiliador y colega de Hostegesis fué (como es notorio) *Servando*, hombre estólido y procaz, hinchado y arrogante, avaro y rapaz, cruel y terco, soberbio y atrevido. Por los pecados del pueblo fué elegido *conde* (*governador*) de la ciudad de Córdoba, sin ser de ilustre origen ni de linaje noble, sino hijo de siervos de la Iglesia. Casóse con una prima hermana de Hostegesis, porque, como dijo Salomon, *toda ave busca su pareja* ¹ (*omnis avis quaerit similem sui*). Unidos, prestáronse mútuo auxilio en sus fechorías, infestando Hostegesis la Iglesia de Málaga y Servando la de Córdoba. Con un encabezamiento general obligó á muchos infelices á la apostasia. Á los que alentados por misericordia divina resistieron los males presentes con la esperanza de la vida futura, hizoles pagar largo tributo á los reyes ismalitas. Y no satisfecho con la persecucion de los vivos, mandó desenterrar los cadáveres de los mártires, secretamente inhumados por los cristianos, para irritar con tal vista los ánimos de los infelices contra los que así habian contradicho sus prohibiciones. Impuso largo tributo á todas las basílicas de la ciudad, y osó acrecentar los tesoros del fisco con las oblacones del templo de Dios y de la mesa de Cristo, arrancando de esta manera el agua á los sedientos para verterla en el profundo mar. Los sacerdotes eran casi siempre hechuras de Servando, y veíanse forzados (*miserable gente!*) á ocultar la verdad y celebrar sus alabanzas. Del pastoral oficio pasaron á la adulacion: hicieronse como perros mudos para el lobo, y que sólo ladraban á los pastores. Envanecido con tan prósperos sucesos, juntóse con *Romano* y *Sebastian*, herejes de la secta *antropomorfitá*, contaminados con todo linaje de vicios. El primero, casi octogenario, tenia aún un serrallo de concubinas; el segundo, viviendo aún su mujer, tuvo un hijo de adulterio, que, con desprecio del temor de Dios, afrentó las canas de su padre».

Tales eran los caudillos del *Antropomorfismo* en Córdoba. Nunca

¹ Equivale á los refranes nuestros: *Dios los cria y ellos se justan*, *Cada oreja con su pareja*, etc.

había caído tribulacion igual sobre la Iglesia española. Dolor causa, y no pequeño, el haber de trascribir esas noticias que hoy por vez primera suenan en lengua vulgar. Repugna á la razon y al sentimiento que en época alguna, por calamitosa que la supongamos, hayan existido en España Obispos como Samuel y Hostegesis, traidores á su ley y á su gente como el gobernador Servando. Pero las leyes de la Historia son inflexibles: es preciso decir la verdad entera, puesto que la gloria de nuestra Iglesia está demasiado alta para que ni aun en parte mínima se enturbie ó menoscabe por la prevaricacion é iniquidad de algunos ministros indignos y simoniacos, mucho más cuando al lado del veneno hallamos el antídoto en los esfuerzos del abad Sanson y de Leovigildo. Lo que en verdad angustia y causa pena, es la situacion de ese pueblo muzárabe, el más infeliz de la tierra, conducido al degolladero y puesto bajo el cuchillo por sus pastores, esquilado por malos sacerdotes, vendido por los que debian protegerle, víctima de jueces inícuos de su propia raza, cien veces peores que los sarracenos, y, sin embargo, constante y firme, con raras excepciones, en la confesion de la fé. Esta última circunstancia vale para templar la amargura, y convida á seguir la narracion de estas iniquidades, siquiera para ofrecer á los herejes é impíos modernos un fiel y verídico retrato de algunos antecesores suyos.

Hostegesis agregó pronto á sus demás crímenes el de la herejía, *comulgando* (como diría algun filósofo moderno) en la doctrina *antropomorfitá* de Romano y Sebastian. Cuáles eran sus errores, declarólo el *Apologético* del abad Sanson, y lo repetiremos luego. Ahora baste decir que, como los antiguos Vadianos, suponía en Dios figura material y humana, afirmando que estaba el Hacedor en todas las cosas, no por esencia, sino *por sutileza* (*per subtilitatem quamdam*). Á lo cual añaía el dislate de creer que el Verbo se habia hecho carne en el corazon de la Virgen, y no en su purísimo vientre.

Opusieron á tales novedades algunos sábios y piadosos varones, especialmente Sanson, abad de Peña Mellaria. En la era 900, año 862, redactó y presentó á los Obispos reunidos en Córdoba para la consagracion del Prelado Valencio, una clara, precisa y elocuente profesion de fé, enderezada visiblemente contra el yerro de Hostegesis ¹. «Creo y confieso (decia entre otras cosas) que la Trinidad, autora de todas las cosas visibles é invisibles, llena y contiene (*implet et continet*) todo lo que creó. Está toda en cada una de las cosas, y ella

¹ Insértala en el primer capítulo de su *Apologético*, y la reproduzco en el apéndice.

sola en todo. Toda en cada una, porque no es divisible; ella sola en todas, por ser incircunscrita y no limitada. Penetra todo lo que hizo, sabiendo y conociendo cuanto existe. Vivifica la criatura visible y la invisible. Pero cuando decimos que está en todas las cosas, no ha de juzgarse que el Creador se mezcla ó confunde con las criaturas, ni menoscaba en algún modo lo puro de su esencia. Decimos que está en todo, porque todas las cosas viven por él: él las escudriña y conoce todas por sí mismo y no por intermedios; él crea sin molestia ni fatiga, y de ninguna criatura está ausente, sino presente todo en todas.» Esta profunda doctrina, indicio seguro de la ciencia teológica y metafísica de Sanson, á quien se ha apellidado, no sin fundamento, *el pensador más notable entre los muzárabes cordobeses*, va comprobada con textos de la Escritura y de los Padres (San Agustín, San Gregorio el Magno, San Isidoro), sobre todo con éste del gran doctor de las Españas en el libro de las *Sentencias*:

«No llena Dios el cielo y la tierra de modo que le contengan, sino de modo que sean contenidos por Él. Ni Dios llena particularmente todas las cosas, sino que siendo uno y el mismo, está todo en todas partes. Inmensidad es de la divina grandeza el que creamos que está dentro de todas las cosas, pero no incluido: fuera de todas las cosas, pero no excluido. Interior para contenerlo todo, exterior para cerrarlo y limitarlo con la inmensidad de su esencia incircunscrita. Por lo interior se muestra *creador*, por lo exterior monarca y conservador de todo. Para que las cosas creadas no estuviesen sin Dios, Dios está en ellas. Para que su esencia fuese limitada, Dios está fuera de ellas y lo limita todo.» Así razonaba el grande Isidoro, y así se prolonga su voz á través de los tiempos para encender el espíritu de Sanson, y darnos hoy mismo armas contra la negacion y absorcion panteista del Creador en lo creado.

Los Padres del Concilio dieron por buena la fórmula de Sanson, y aún alabaron su celo¹; pero el impío Hostegesis, escudado con la autoridad de Servando, les obligó á retractar su primera decision y suscribir una sentencia que él mismo redactó contra el abad Melariense. La cual á la letra decía así: «En el nombre de la Santa y venerable Trinidad: Nosotros, humildes siervos de Cristo, y mínimos sacerdotes, nos hallábamos juntos en Concilio tratando de los nego-

¹ «Hanc mese confessionis fidem compendio brevitatis paucissimis verbis comprehensam, et non multis sed certissimis admodum testimoniis munitam, dum per triiduum ante Concilium omnibus Episcopis qui aduerant, traderem relegendam, et mature cum omni scrupulositate tractandam, atque ab eis non solum irreprehensibilis, verum etiam approbaretur laudabilis.» (*Apologético*, pág. 392.)

cios eclesiásticos, cuando se levantó un hombre pestífero, llamado Sanson, prorumpiendo en muchas impiedades contra Dios y la Iglesia, en términos que más parecia idolatra que cristiano. Atreviöse primero á defender los matrimonios entre primos hermanos, para granjearse de esta suerte en sus demás impiedades el aplauso y favor de los hombres carnales, cuyos instintos halagaba. Censuró luego algunos opúsculos de los Padres é himnos que se cantan en la Iglesia, y llegó á la impiedad y perfidia de aseverar que la divinidad Omnipotente está difundida en todas partes como la tierra, el agua, el aire ó la luz, y que se halla de igual manera en el Profeta que vaticina, en el diablo que vuela por los aires, en el ídolo que es venerado por los infieles, y hasta en los pequenísimos gusanos. Nosotros creemos que está en todas las cosas, no por sustancia, sino por sutileza. De aquí pasó á afirmar que fuera de la tres personas de la Trinidad hay otras sustancias, no criaturas, sino creadores: con lo cual, siguiendo la vanidad de los gentiles, introduce pluralidad de dioses. Y de una en otra asercion vana ha ido cayendo hasta pasar y romper toda regla. Deseosos de oponernos á tales errores, condenamos á su autor, le deterramos y privamos para siempre del honor sacerdotal, y le apartamos del cuerpo de la Iglesia, para que un solo miembro corrompido no pervierta á los demás.... Pues como dijo el Apóstol: *Haereticum hominem post unam et aliam communionem devia*. Si alguno, despues de esta saludable amonestacion, se asociare á él ú oyere sus vanas é inútiles imaginaciones, sea anatema.»

Hostegesis, con el brazo en alto y el puño cerrado, mandó á los Obispos firmar esta sentencia, y ellos, por flaqueza indigna y miedo de la muerte, lo hicieron. El mismo Valencio, amigo de Sanson, que le honra con los dictados de «*varon lleno de fé, ornado de virginidad, modelo de abstinencia, ferviente en la caridad, encendido en cristiano celo, docto en las Escrituras, amante de la rectitud y de la justicia*», no juzgó conveniente *resistir á los soberbios*, y contemporizó hasta que se presentara ocasion de enmendar el yerro. El decreto arrancado por la violencia fué trasmitido á todas las Iglesias andaluzas y lusitanas, entre ellas á la de Tucci, donde Sanson encontró luego un ejemplar é hizo sacar copia, que es la inserta en su libro. Los Prelados que no habian asistido al conciliábulo, y algunos de los que por fuerza habian asentido al anatema contra Sanson, no tardaron desde su diócesis en revocarlo, y declarar al abad inocente y restituido á sus honores eclesiásticos. Sanson enumera los Obispos que se declararon en su favor: Ariulfo, Metropolitano de Mérida; Saro, Obis-

po de Baeza; Reculfo, de Egabro; Beato, de Astigis; Juan, bastetano; Ginés, de Urci; Theudeguto, de Illici; Miro, asidonense; Valencio, de Córdoba¹. Éste último nombró á Sanson abad de San Zóilo á ruegos del clero y pueblo de aquella Iglesia. Inflamóse con esto la saña de sus enemigos, que apoyados en un decreto del califa, juntaron nefando conciliábulo, llevando á Córdoba al Metropolitano de Sevilla y á los Obispos Reculfo y Beato, é hicieronles firmar á viva fuerza en la iglesia de San Acisclo la deposicion de Valencio, á quien sustituyó uno de los fautores del cisma, *Stéfano Flacco*, no elegido ni solicitado por nadie (dice Sanson), pero ayudado por una tropa de musulmanes. Para mayor irrision asistieron á la sacrilega consagracion de Stéfano judíos y mahometanos, porque los muzárabes cordobeses se apartaron con horror de tales profanaciones.

Servando se vengó de ellos imponiéndoles un tributo de cien mil sueldos, y deseoso de acabar con Sanson, le acusó dos veces ante el califa: la primera, de haber divulgado el contenido de unas cartas al rey de los Francos, cartas que Sanson, en su calidad de intérprete oficial, había trasladado del árabe al latín. No tuvo efecto este primer amaño, y el gobernador, para saciar su odio y el de Hostegesis, culpó á Valencio y á Sanson de haber incitado á blasfemar de Mahoma á un cristiano que dias antes había padecido el martirio. De esta delacion infame tampoco obtuvieron fruto los apóstatas, y el abad se salvó casi milagrosamente, aunque en su libro no expresa el modo².

Mientras Sanson andaba errante y perseguido, Hostegesis tuvo en 864 una controversia con el presbítero Leovigildo, hijo de Ansefredo³, reprendiéndole éste con dureza su peregrina opinion antropomorfita. Dióse por convencido el Obispo de Málaga, y modificó su sentir en cuanto á la *sutiliza*, confesando que Dios estaba por esencia en las cosas, *ménos* en algunas que tenia por indignas de recibir su presencia. Lo más extraño fué que en público documento enderezado á la Iglesia tuccitana, se diese aires de vencedor en la polémica con Sanson, y no aludiese para nada á su error primero. La epístola en que tales cosas se hallan fué conservada por Sanson en el capítulo V de su *Apologético*. Hostegesis se atreve á decir: «Con sumo cuidado y vigilancia grande, mirando por la Iglesia que Dios nos ha confiado,

procuramos apartar todo escándalo y cuestion inútil, para que nuestra Iglesia, tan combatida por los enemigos exteriores, se consuele á lo ménos con la doméstica concordia..... Hay algunos que quieren decidirlo todo con la medida de su juicio y olvidan las reglas de los Padres divinamente inspirados..... Ahora poco se suscitó una controversia, que apagamos prestamente condenando á los que perseveraron en su obstinacion. Pero á los que arrepentidos de vanas novedades han vuelto á la paz eclesiástica, á la concordia de la fé y á la doctrina de los Padres, recibimoslos con los brazos abiertos, y abrazándolos en la caridad los volvemos al gremio de la Iglesia. Ni nos vanagloriamos de esta victoria, pues es de Dios y no nuestra.» Con esta increíble frescura, digna de cualquier polemista moderno, trocó Hostegesis los papeles. A renglon seguido dice: «Creemos, creemos que el Verbo encarnó en el útero de la Virgen, y no hemos de olvidar el texto de aquella antifona: «*Oh quam magnum miraculum inauditum, virtus de coelo prospexit: obumbravit uterum Virginis, potens est majestas includi intra cubiculum cordis, januis clausis*». Condena luego la doctrina que supone de Sanson acerca de los casamientos entre primos hermanos. De la presencia de Dios escribe: «Creemos que Dios, sér incorpóreo y sin lugar (*inlocalem*), que lo dispuso, rige y llena todo con justa armonia, está todo en todas las cosas, pero no difundido como la tierra, el agua, el aire ó la luz, que en cada una de sus partes son menores que en el todo». Esto, como se ve, era torcer hábilmente los términos de la sentencia contra el abad, atribuyéndole proposiciones materialistas de que él estaba muy lejano. Corrobra Hostegesis su parecer con textos de la Escritura y de algunos Padres, como San Jerónimo y San Gregorio; pero los rastros y reliquias que de su antiguo error quedaban á nuestro Obispo apuntan pocas líneas más abajo: «Los Santos Padres, cuando hablaron de la plenitud y presencia de Dios, omitieron cáutamente el hacer mérito de los ídolos, gusanos, moscas, etc., confesando en términos generales la omnipotencia de la Suma Trinidad, interior á todas las cosas, pero no incluida; exterior á todas las cosas, pero no excluida..... Al que confesamos ser incomprendible y que no ocupa lugar, de ninguna suerte hemos de suponerle habitador de los ídolos ni de lugares inmundos..... Contentos con esta confesion, bástenos saber que la incomprendible y divina Trinidad está sobre todo, bajo todo, ante todo y despues de todo. Si alguno despues de esto hace inútiles y ridiculas preguntas sobre los puercos, cinifes, gusanos, ídolos, demonios, etc., ó se atreve á afirmar que en tales cosas está Dios, separámosle perpétuamente del

¹ De éstos, Beato puso su voto en manos del Obispo de Córdoba. Theudeguto, Genesio y Miro declararon de viva voz el suyo. Los demás, todos por escrito.

² Véanse punto por punto todos los sucesos referidos, en el prefacio del libro II del *Apologético* del abad Sanson. (*España Sagrada*, tomo XI.)

³ Parece ser el autor de un tratado, *De habitu Clericorum*, cuyo prefacio dió á conocer el Padre Florez en el tomo XI de la *España Sagrada*.

gremio de los fieles. Creamos fiel y sinceramente que Dios está todo en todas las cosas, y que es el Creador de todas.» Como vemos, Hostegesis se pone en abierta contradicción á cada paso, y sólo acierta á salvarla con estas frases, prudentes, á la verdad, pero sospechosas en su boca: «Bástenos las palabras de los Profetas y del Evangelio: sigamos con humildad las huellas de los Doctores. Callemos acerca de aquellas cosas que ni han sido declaradas ni importan nada para la fé.» Y terminaba su carta con estas exclamaciones, que no sentarían mal en boca de Osio ó de Leandro: «Con júbilo bendicimos la paz ya afirmada en la Iglesia, y cantamos con el Salmista: «*Confirma hoc, Deus, quod operaris in nobis*».... «*Firmetur manus tua, Deus, et exaltet dextera tua.*» Creemos que ha sido exaltada tu diestra en fortaleza, porque estamos unánimes y del mismo sentir, porque abundamos en riquezas de caridad y bendicimos tu santo é inefable nombre, repitiendo con el Profeta: «*Benedictus Dominus de die in diem, Prosperum iter faciat nobis Dominus Deus noster*». Haga Dios que prosperemos en la fé, y caminando con justicia por las asperezas de la vida, lleguemos á la tierra de eterna promision, y allí disfrutemos la herencia perpétua con Jesús, que vive en una é igual sustancia con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen»¹.

Esta epístola hipócrita y cautelosa no engañó al abad de San Zóyl. Él sabía los móviles de la *conversion* de Hostegesis, y los revela en el capítulo X de la *Apología*. Leovigildo y otros buenos católicos se habían negado á comunicar con el impío y malvado Obispo de Málaga. Pero temerosos de las persecuciones y violencias de Servando, acabaron por consentir en la reconciliación, siempre que Hostegesis y Sebastian abjurasen públicamente su yerro. Hiciéronlo así, por no concitarse la pública animadversión, y debió costarles poco semejante paso, siendo, como eran, hombres de mala vida y de pocas ó débiles creencias.

Corría el referido año 864, cuando Sanson lanzó desde Tucci su *Apología* contra el escrito de Hostegesis. Pero este párrafo aparte merece.

¹ Véase esta carta en el apéndice.

VI.—EL «APOLOGÉTICO» DEL ABAD SANSON.—ANÁLISIS DE ESTE LIBRO

UERA de algunas epístolas de Álvaro Cordobés, el *Apologético* de Sanson es la única obra de teología dogmática y de filosofía que de los muzárabes cordobeses nos queda. La ligera noticia que de ella voy á dar, mostrará que el libro no tiene simple interés bibliográfico, sino que merece figurar honradamente en los anales de nuestra ciencia.

Las relaciones entre el mundo y su Creador, han sido en todos tiempos uno de los problemas capitales, si no el primero de la filosofía. Como erradas concepciones para resolverle, surgen el *panteísmo* (identificación de Dios con el mundo), el *ateísmo* (mundo sin Dios), el *acosmismo* (Dios sin mundo), el *dualismo*, que no sólo separa y distingue, sino que supone al mundo independiente de Dios. Rechazados estos absurdos, queda sólo el dogma ortodoxo de la creación, *ex nihilo* y *en tiempo*, de la acción viva, conservadora, personal y presente de Dios en su obra. Si tal idea hubiese nacido en el entendimiento de algun hombre, habríamos de calificarla de *divina*, pues sólo con ella se explica todo, y á la separación *dualista*, y á la absorción *panteísta*, sucede la *armonía*, que enlaza al artífice con su obra. Pero no satisfecho el inquieto espíritu humano con vislumbrar *invisibilia Dei per ea quae facta sunt*, ha querido penetrar los misterios de la divina alteza, y explicar á su modo, es decir, no explicar en manera alguna, la acción de Dios en cada uno de los seres, sustancias y partes. Y aquí han materializado algunos y otros idealizado de sobra. De los primeros fué Hostegesis.

Para el Obispo de Málaga, como para los antiguos antropomorfistas¹, Dios era un sér material y corpóreo, aunque ellos no se diesen clara cuenta de la especie de materia que atribuían á Dios. Imagináblemente colocado en altísimas esferas, desde donde contemplaba los objetos visibles. Pero argüidos los partidarios de tal doctrina con lugares de la Escritura que claramente enseñan la presencia real de Dios en el mundo, dió Hostegesis la respuesta que sabemos: «No por esencia, sino por sutileza». Y pareciera imposible que ni por *sutileza* estu-

¹ Véase contra ellos el tratado de San Cirilo.

viere en cosas bajas é inmundas: de donde nacia tambien su error respecto á la encarnacion del Verbo en el corazon y no en el vientre de la Santísima Virgen.

No podia ocultarse á Sanson el carácter materialista y grosero de todas estas enseñanzas, restos quizá de las que combatió Liciniano en la época visigoda, ó nacidas del trato con los doctores musulmanes. Aprestóse, pues, á refutarlas con todas las armas de la erudicion y de la lógica.

Su tratado se divide en dos libros, y debió tener otro más; pero no llegó á escribirse ó se ha perdido. En una introduccion, escrita con loable modestia (*Ego nec ingenii fretus audacia, nec meriti succinetus fiducia alicujus, altitudinis tanto profunda pelere et impenetrabilia multis adire*), calificando á los partidarios de Hostegesis de *hombres llenos de elacion y soberbia, privados de razon y ciencia de las Escrituras, ignorantes de la latinidad, desnudos de todo bien, llenos de estolidez y presuncion*, anuncia firme y elocuentemente sus propósitos de defender la verdad: «Con el favor de Dios levantaré un muro no pequeño delante de la casa de Israel, y volveré contra los enemigos sus propias armas. No he de consentir que la pequeña grey sea devorada por los lobos. Ni cederé á amenazas ó terrores, porque confío en Dios y no temo á los hombres. Y si algo padezco por la justicia, seré feliz en ello. No ha de tenerse por afrenta mia el resistir á los perseguidores, ni por gloria suya el perseguir á un inocente. Pues como dice San Cipriano: *el sacerdote que defiende la ley del Evangelio puede ser muerto, pero no vencido*. Con sincero corazon y mente serena estoy dispuesto á contradecir á la iniquidad»¹. Viene en pos una encendida y elocuente *Oratio Sansonis Peccatoris atque Pauperum*, solicitando el amparo y favor divino para su obra. Este primer libro no es propiamente de controversia. En diez capítulos trata de las excelencias de la fé, de los testimonios que prueban la omnipotencia y divinidad del Padre, de la consustancialidad del Hijo, del Espíritu Santo, de la union esencial de las divinas personas, de la humanidad de Jesucristo, de la union de las dos naturalezas en la persona del Salvador, de la Encarnacion, de la presencia de Dios en todas las cosas. Fíjase con especial ahinco en los puntos negados ó puestos en controversia por Hostegesis; retrae á la memoria del pueblo muzárabe las enseñanzas de los antiguos doctores, y expone siempre la doctrina con lucidez y vigor, y hasta con grandeza y galas literarias. De saber escriptorario hace gallarda muestra, y con-

¹ *Apologético*, pág. 328. Publicado por primera vez el Padre Florez (tomo XI de la *España Sagrada*), tomándole de un códice de la Biblioteca Toledana.

veniente, por cierto, al asunto. Por lo demás, ni su estilo ni su lenguaje pueden calificarse de bárbaros; antes se levantan muy por cima de todos los escritos del siglo IX. Los defectos de Álvaro Cordobés: retumbancia, oscuridad, copia de sinónimos, abuso de retórica, no existen ó son ménos visibles en Sanson, á quien despues de San Eulogio corresponde la palma entre los cordobeses.

El prefacio del segundo libro es, como ya advertimos, una relacion de las vidas y costumbres de Hostegesis, Servando, Romano, Sebastian y demás *antropomorfitas*, escrita quizá con alguna saña y apasionamiento. Síguenla, á modo de documentos justificativos, la profesion de fé de Sanson, y las dos cartas de Hostegesis. Preparado el apologista con otra oracion, entra en pelea, encarnizándose primero, como varon docto y sabedor de gramática, en los solecismos y descuidos garrafales del estilo de Hostegesis, quien, como el vulgo de su tiempo, confundia los casos de la declinacion y construía bárbaramente, diciendo, por ejemplo: «*Contempti simplicitas Christiana*», y otras frases de la misma laya. «Admiráos, admiráos, varones sábios (exclama Sanson lleno de entusiasmo clásico). ¿Dónde aprendió estas cosas? ¿Bebiólas en la fuente ciceroniana ó tuliana? ¿Siguió los ejemplos de Cipriano, de Jerónimo ó de Agustín? Esos barbarismos los rechaza la lengua latina, la facundia romana: no los pueden pronunciar lábios urbanos. Día vendrá en que las tinieblas de la ignorancia se disipen, y torne á España la noticia del arte gramatical, y entonces se verá cuántos errores cometes tú, que pasas por maestro»¹.

Tras estas observaciones, útiles para desagrarar el buen gusto literario, ofendido, no ménos que la pureza del dogma, por los desacatos de Hostegesis, y curiosas porque manifiestan el loable empeño de los muzárabes en conservar la tradicion latina, examina Sanson punto por punto las proposiciones de su adversario. No le seguiremos en todo el razonamiento, fijándonos sólo en dos ó tres puntos capitales. De esta manera muestra el abad la falsedad de Hostegesis en atribuirle la afirmacion de *estar la Divinidad difundida como el aire, la luz, el agua ó la tierra*: «Nadie ignora que estos elementos son corpóreos; y cómo yo había de juzgar corpórea á la Divinidad, cuando siempre he afirmado y afirmo que por su propia incomprendible naturaleza está presente (*adesso*) igualmente á los ángeles y á los demonios, á los justos y á los impíos? El cuerpo está sometido á cantidad, y se alarga ó

¹ *Apologético*, pág. 308.

estrecha según su masa. Si llamé á Dios corpóreo, mal pude decir que estaba por igual esencia en las cosas corpóreas y en las incorpóreas, puesto que todos los cuerpos no están terminados por la misma cantidad. Si yo hubiera pensado que la esencia divina estaba *disfundida*, no hubiera dicho: *Está toda en cada una de las cosas y ella sola en todas*, dado que un elemento material *disfundido* no puede hallarse *todo* en un sólo cuerpo. De Dios afirmo que lo llena, contiene y rodea todo, no á la manera de los cuerpos, sino como ser incorpóreo é indivisible: todo en cada criatura, y todo en cada parte de ella¹. Dios, ni está contenido en un lugar, ni se mueve de él á otro, ni tiene partes, ni longitud, ni latitud, ni altura, ni superior é inferior, ni anterior y posterior, en lugar ó tiempo. Todo lo sostiene, preside, circunda y penetra. Toda la luz ó todo el aire no pueden estar contenidos á la vez dentro y fuera, encima y debajo. La luz no llega en el mismo punto á todas partes.²

Al efugio de Hostegesis: «Dios penetra todas las cosas por sutileza», responde Sanson: «Ó la sutileza es un atributo de la Divinidad ó no. Si lo es, los atributos de la Divinidad no se distinguen de su esencia. Toda la Trinidad, y no una parte de ella, se llama *oído*, porque *toda* oye. *Toda* ojo, porque *toda* ve. *Toda* mano, porque *toda* obra (*operatur*). *Toda* sutileza, porque *toda* sin menoscabo penetra lo grande y lo pequeño, lo corpóreo y lo incorpóreo. *Toda* fortaleza y sabiduría, por más que con relativo vocablo apliquemos la sabiduría al Hijo. Los atributos de Dios son *esenciales*, no *accidentales*, porque á la esencia de Dios, siempre perfecto é inmutable, repugna la mutación y el accidente. Si la sutileza no es atributo esencial de Dios, resta que sea, ó parte suya, ó criatura. No puede ser parte, porque en la idea de Dios está virtualmente incluida la indivisibilidad. No es criatura, porque sería imperfección en el Creador valerse de instrumentos para las cosas propias de su esencia»³.

Allanado con esta hábil y poderosa dialéctica el principal baluarte de la herejía, prueba sin dificultad nuestro teólogo la Encarnación

¹ «Et quomodo Divinitatem ego, ut corpoream quamlibet rem, in corporeis et corporeis rebus putandus sum dixisse, quam a sepe praedicavi et praedico per propriam incomprehensibilem naturam aequaliter Angelis et Daemonibus, iustis et impiis semper adesse?... Corpus enim quantitati subiacet, et molis porrigitur magnitudine aut contrahitur brevitate. Si Deum ut rem corpoream dixi, aequali inesse eum essentia corporeis et incorporeis rebus dicere non potui. Nam si diffusum, ut ipse mendax fingit, ego dixissem Deum, non utique ut dixi, dicerem: *Et totus est in singulis, et unus in totis*. Nam in multis res corporea diffusa, non potest in uno comprehendi tota.... Omnia eum implere, continere ac circumdare asseram. Sed quia est incorporeus, idcirco indescribibiliter in omnem creaturam idem est unus, et in qualibet parte creaturae ipse est totus.... etc. (*Apologético*, lib. II, cap. VIII.)

² Abrevio y condenso la argumentación del abad de San Zóyl en el cap. IX de su *Apología*.

in utero Virginis, y no en el corazón, con el texto de Isaías: «*Ecce virgo in utero concipiet et pariet Filium*»; con las palabras del ángel: «*Ecce concipies in utero et paries Filium, et vocabis nomen ejus Jesum*», y con las de Santa Isabel: «*Benedictus fructus ventris tui*»¹.

¡Con qué valentía y lucidez declara Sanson en capítulos diversos las *teofanías* ó apariciones de Dios en el Antiguo Testamento; la morada del Espíritu Santo en algunas almas *por gracia*, en todas partes por naturaleza; el sentido místico en que debe tomarse la expresión *Deus habitat in caelis*, entendida á la letra por Hostegesis! ¿No es como un preludio del lenguaje vehemente de nuestros místicos este sublime final del capítulo XX del *Apologético*: «Si quieres subir, como Páulo, al tercer cielo, trasciende con alas rapidísimas lo corpóreo creado y mudable; descansa en la contemplación beatísima de lo inmutable é incorpóreo; reconoce la inmaterialidad del alma humana, á quien por lo excelente de su naturaleza, medio entre la superior y la inferior, ha sido concedido mirar en la baja tierra el cuerpo ínfimo, contemplar en el cielo al Dios sumo. Tienes un alma, que no sólo se llama cielo, sino cielo del cielo?»².

Hemos visto que aun abandonando Hostegesis su yerro primero, negábase á reconocer que Dios estuviera en las cosas malas é inmundas. Contra esta opinión, en el fondo maniquea, demuestra Sanson la bondad de todas las cosas creadas por Dios (*Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona*), el concurso de cada parte á la universal armonía, la absorción de los que parecen males y dolores particulares en el bien general. «*El veneno* (dice nuestro Abad) *es muerte para el hombre, vida para la serpiente*».

Un capítulo dedica Sanson á exponer la idea de *universalidad* (*quid sit omnia*) y mostrar la contradicción en que Hostegesis incurria al excluir de algunos objetos la presencia de Dios, despues de haber afirmado que *llenaba y contenía lo supremo y lo ínfimo, lo celeste y lo terrestre, lo viviente y lo privado de vida*. (*¿Quid debueras dicere quod non dixisti?*) Ni

¹ En el cap. XV, y por incidencia, expone Sanson una teoría de los sentidos, que no carece de interés, si era, como parece creíble, la de las escuelas de su tiempo: «E quibus ostis primo loco ponuntur oculi: qui colorum species discernentes, et quae longe posita cernunt, ad notitiam tradunt memoriae.... etc.»

² «Nunc igitur ut possis per duos caelos usque in tertium coelum. Paulo praesente, rapta... incorporeum creatum idemque mutabile alacriori nisi et volatu perniciori transcendente, atque abhinc in tertium coelum; in ipsius inmutabilis incorporei beatissima contemplatione requiesce: teque, humana anima, incorpoream nosce: cui pro naturae excellentia promptum est simul et congruum inter imam vel summam sui tanquam mediante substantia, vel infra despicere corpus imum, vel supra conspiciere Deum summum. Habes humanam mentem, non tantum coelum, sed coelum coeli vocatam.»

paraban aquí sus *antinomias*: por una parte decía groseramente, que si Dios estaba en el insecto, con él moriría; si estaba en el leño, sería partido con él; si en el adúltero ó en el ladrón, con él pecaría; y pocas líneas más abajo confesaba que Dios no se dividía con las cosas divisibles, ni se alteraba con las mudables y sujetas á accidente. (*Neque in his quae dividuntur ipse dividitur, nec in his quae mutantur, ulla mutatione variatur.*)

Con autoridad de San Isidoro, en el *Liber differentiarum* divide Sanson las criaturas en cinco grados (*non viventia, viventia, sentientia, rationalia, immortalia*), y muestra la accion continua de Dios en ellas, modificando los cuerpos inanimados, dando vida á las plantas, etc., sin que se mueva una hoja del árbol contra la voluntad del Altísimo. Los objetos que decimos feos, malos é inmundos, ¿por qué han de serlo para Dios y dentro del plan de la creacion? En el mundo no hay otro mal que el pecado, hijo de la soberbia y depravada voluntad de las criaturas racionales.

La última y grave dificultad que podía ofrecerse, era la presencia de Dios en el lugar donde se comete el pecado, ó en la persona que prevarica, á lo cual responde Sanson: «Asiste Dios como creador y conservador, no para incitar al mal. Asiste como testigo de la culpa, no como auxiliar en el crimen. Consiente la maldad, pero no participa de ella. *Esti presente por naturaleza, y ausente por gracia.*» (*Adest ibi Deus, ut creet, non ut ad malum incitet. Adest testis culpae, non adjuvor in crimine. Adest sinendo male conceptum libitum explere, non particeps ipsa in scelere. Adest per naturam, sed deest per gratiam.*) Es doctrina de San Gregorio el Magno.

Los *Morales* de este Santo Doctor, las obras de San Isidoro, muchas de San Agustín, las de San Fulgencio de Ruspa, y el libro *De statu animae* de Claudiano, son las fuentes predilectas del abad cordobés, que á cada paso exorna y ameniza su libro con flores de ajenos verjeles, entremezclándolas diestramente con propios conceptos, para que no parezcan exóticas y como pegadizas. Del tratado de Claudiano, á quien llama siempre *noster*, habia hecho ya grande aprecio y uso Liciniano en su preciosa carta al diácono Epifanio.

El efecto de la *Apología*, aun sin el tercer libro, que hoy no conocemos, debió de ser rápido y decisivo. En parte alguna vuelve á hallarse mencionada la herejía de Hostegesis.

¡Así se salvó nuestra Iglesia de este nuevo peligro, y volvió á triunfar la unidad católica, en el tiempo más calamitoso, entre una raza vencida y humillada, en un cautiverio más duro y tenaz que el de Babilonia! La nave que tales tormentas y las que en adelante referi-

remos, excitadas á veces por malos pilotos, pasó sin zozobrar, llegará al puerto: no hay que dudarle. Dios está con ella.

Después de Sanson, la historia de los muzárabes empieza á oscurecerse, porque sus escritores faltan.

Grande debió de ser la influencia de aquella raza en la cultura musulímica, que era en el siglo VIII inferior á la nuestra, y brilló después con tan inusitados esplendores. La ciencia arábiga fué siempre de segunda mano: en Oriente, como Munck confiesa ¹, nació del trato con los cristianos, sirios y caldeos. El más celebrado entre los primeros traductores árabes de Aristóteles, fué el médico nestoriano Honeinben-Is'hak, muerto en 873. Algo semejante, en cuanto á la trasmision de la ciencia cristiana, debió de acontecer en nuestra Península. Pero este punto importantísimo, y que directamente no hace relacion á mi historia, será cumplidamente ilustrado por el Sr. Simonet en la suya *De los Muzárabes*, cuya publicacion de todas veras anhelamos.

Hizo la Providencia que los muzárabes sirviesen, en otro concepto, de mediadores entre la civilizacion musulmana y la nuestra, colaborando con los judíos, en la traslacion y difusion de libros orientales, durante la era memorable que empieza con la conquista de Toledo por Alfonso VI, y se corona con las maravillas científicas de Alfonso el Sábio.

Pero los infelices cordobeses, cuyas vicisitudes religiosas he narrado, no gustaron los frutos de la libertad dada á sus hermanos de Toledo, Zaragoza y Portugal por la espada de los reconquistadores. Cada vez más oprimidos, y anhelosos de venganza, se levantaron en la era 1161 contra la tiranía de los almoravides, y llamaron en su auxilio á Alfonso el Batallador, ofreciéndole diez mil combatientes. En una expedicion atrevidísima, por no decir temeraria, penetró el rey de Aragon hasta las costas de Andalucía, y llevó de retorno unas doce mil familias muzárabes. Pero los que no pudieron seguir á las gentes libertadoras, sufrieron todo el peso de la crueldad almoravide, y fueron llevados cautivos á Marruccos en la era 1162 (año 1124). Si alguna vez tornaron á España, fué militando en ejércitos sarracenos. Los demás se perdieron entre la poblacion árabe y berberisca, y cuando San Fernando rescató de manos de infieles á Córdoba, Jaen y Sevilla, apenas encontró muzárabes ².

¹ *Mélanges de philosophie arabe et juive*, pág. 314.

² Vid. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, tomo II, cap. XII, y el primer tomo de las *Recherches de Dozy*.